



ORGANO OFICIAL DE LOS MARINOS DE LA REPUBLICA

Director: El Comisario General de la Flota

Epoca I (Año II)

Cartagena 26 de Marzo 1938

Redacción: Muralla del Mar, 7-1.ª izqda.-Teléfono núm. 1052

Núm. 57

Nuestra línea política en la Flota fué de confianza y de ejemplo y por eso nos queremos de veras

No podemos negarnos

A nosotros, que de antemano hemos meditado a fondo el volumen y el alcance del drama que padecemos, no nos cogen de sorpresa las duras alternativas o, mejor diríamos, las terribles alternativas que la guerra nos ofrece.

Desde el día que estalló, alumbró en nuestra conciencia el resplandor de una hoguera sin paridad en la Historia, y por su grandiosidad se trazó sobre nosotros un sentido del deber, deber augusto del que, mirando sereno a ese resplandor de la hoguera, sabe que ha de afrontarla sin optimismos alegres ni derrotismos cobardes.

Es el deber el que nos impele a vivir, y morir si es preciso, en esta hora de España, en la que nuestro destino ha llegado a sus hijos la dura y gloriosa prueba de resistir los zarpazos de unas fieras que aullan sedientas de esclavitud y de sangre proletaria.

A esa prueba que acosa a todos los hombres democráticos y que la suerte ha deseado que sea en la España querida donde tenga su escenario, no podemos negarnos los que no concebimos la vida si no es con nuestro cielo y nuestro trabajo libre.

No podemos negarnos a vencer o morir en la lucha, pues ello sería tanto como negarnos a nosotros mismos, a nuestros antepasados, nuestra raza y a nuestra Historia.

Solos o acompañados, y cuanto más solos más dignos, aceptamos el deber—¡que nosotros, los marinos, no dejamos de cumplirla, no con actos grotescos ni con charangas relámpagos, sino con el corazón en su sitio y la conciencia despierta en el puesto que el deber nos asigne en el combate.

Deberes de la retaguardia

Hacia la depuración de ciertas lacras

La retaguardia, si quiere ayudar bien a los frentes de lucha, debe organizar su vida de tal manera que, cuando hasta ella llegue un combatiente después de cumplidas sus obligaciones militares, se mire orgulloso en el ejemplo alentador que pueda depararle y no haya de sentir jamás a su contacto el menor desaliento en espíritu combativo ni tampoco la más pequeña desviación ni relajamiento en su moral de guerra.

Y en el caso de nuestros luchadores de la Flota, la retaguardia debería hacer desaparecer ciertas lacras, cuyo mantenimiento ha de acarrear a la larga resultados muy perniciosos. Concretamente, nos referimos al restablecimiento o pervivencia de esos antros de vida frívola, licenciosa y equívoca donde se encanalla buena parte de la juventud. ¡Qué ambiente tan enervador el suyo!

Es verdad, afortunadamente—¡hasta ahí podíamos llegar!—que ese no es el espíritu general, ni siquiera mayoritario, de nuestra retaguardia, sino el de una minoría insignificante de gente que vive al margen de la guerra, y, lo que es peor, con su conducta y con sus vicios, puede desviar de su trayectoria de lucha, relajando su moral, a nuestros buenos combatientes antifascistas.

Pues bien, por eso, precisamente, de que se trata de una minoría insignificante, corroída por la inmoralidad y el vicio, que llena de baldón y avergüenza a la otra retaguardia—a la trabajadora, a la que se afana en el frente de la producción por contribuir al triunfo de sus armas en la línea de fuego—es por lo que urge poner manos a

la obra en esto. Y en tal sentido, bueno sería que las primeras voces que se alzarán contra semejante estado de cosas, fueran las de la propia retaguardia honrada y afanosa. Estamos seguros de que el mal iba a tener, entonces, pronto y radical remedio.

¡Animo, pues, y a ello, camaradas!

En el campo faccioso

No se puede hablar del hundimiento del «Balear»

Hendaya.—Han producido regocijados comentarios las noticias difundidas aquí de que las autoridades facciosas de Bilbao y San Sebastián han convocado a los corresponsales extranjeros para advertirles que están prohibidas rigurosamente toda clase de informaciones acerca del hundimiento del crucero faccioso «Balear».

Este hecho ha causado verdadero asombro en aquellas ciudades españolas del Norte, donde se da un fenómeno verdaderamente curioso. Antes de lo de Teruel oían las radios del Gobierno republicano un 50 por 100 de elementos facciosos de la zona rebelde. Después es más de un 50 por 100 el que se pasa las horas oyendo a Madrid y Barcelona. Ahora, con motivo de la victoria naval de la Flota republicana, todo el mundo oye las radios leales y las autoridades son impotentes para dominar esta curiosidad que invade hasta los domicilios de los más destacados personajes que rodean a Franco.

Acerca de una suscripción

Recogiendo con gusto la idea expuesta por el mando del crucero auxiliar «Lealtad», de adquirir por suscripción en la Flota la placa laureada otorgada por el Gobierno al jefe de la misma, con motivo del inolvidable glorioso combate naval, nuestro Comisario general, de acuerdo con todos los Comisarios, había decidido que al cobrar las dotaciones se las invitase a dejar, quienes así lo estimasen, libre y voluntariamente, cantidades no superiores a cinco pesetas, con cuya recaudación se adquiriese la placa, ofreciéndosela al jefe como prueba de respeto y de simpatía de nuestras dotaciones a todos los mandos leales.

Esta sencilla y, además, sincera manifestación de todos nuestros combatientes, a cuya cabeza, o cola, figuran, con todos ellos, los Comisarios del pueblo, la dejamos sin efecto, porque habiendo publicado la Jefatura de la Base Naval de Cartagena su resolución de llevar a cabo la suscripción para adquirir y ofrecer dicha placa, no debemos los demás contrariar o entorpecer ese acuerdo de la Base.

Nuevo obsequio a la Flota

Por conducto del Partido Socialista Español, el Comisario general recibió el sábado último una remesa de cuatro mil quinientos kilos de pastillas de jabón, cuyo obsequio procede de la Internacional Socialista.

Este regalo que nuevamente recibe la Flota merece por nuestra parte muy sincera gratitud, y recogiendo así el Comisario general ha expresado a los donantes los saludos fraternales y antifascistas de todos nuestros marinos, que por encima de toda diferencia política sienten la hermandad suprema de todos cuantos luchamos contra el fascismo asesino.

Premio merecido

El ministro de Defensa Nacional ha publicado una disposición concediendo la Medalla de la Libertad al director de tiro del «Libertad», Eugenio Porta Rico.

Esta recompensa fué propuesta hace tiempo con motivo del combate que sostuvo en la mañana del 7 de septiembre de 1937, en aguas de Chérchel, el «Libertad» y el «Canarias» o «Balear», no estamos seguros, en el que éste, después de tres cuartos de hora de fuego, huyó perseguido por nuestro crucero.

Nos alegramos de todo corazón y felicitamos por ello al querido compañero.

¡Salud al nuevo combatiente!

Para los que, como nosotros, vivimos íntimamente la vida de nuestra Flota, no podemos ocultar la también íntima satisfacción que nos produce hoy a todos ver al «Miguel de Cervantes» incorporarse de nuevo en la línea de combate de nuestra gloriosa Flota.

Cuántas, y cuán amargas, han sido las vicisitudes pasadas entre nosotros, sin que nadie lo notase; «Cervantes», «Churruca», «Galiano», «Jaime I...», «Císcar», «C-6», y... no sigamos.

Cuando no eran los torpedos del enemigo, era la aviación, eran Hitler y Mussolini, y era, además, nuestra fatalidad y nuestra falta de medios y la propia conciencia pública que no supo comprendernos, y, sin embargo, la Flota seguía metiendo los barcos y el material que reclamaban los frentes.

Días y semanas y meses de dolor y de amargura, que sólo nosotros, los marinos de la Flota, aguantábamos estoicos, sin más consuelo ni aliento que nuestra fe y nuestro amor a la Causa del Pueblo.

Recordábamos hace días, el combate de Chérchel en el que nuestro «Libertad» se cubría de valor y de gloria poniendo en fuga al enemigo que se hundía el 6 de marzo cerca de la costa enemiga, destruido por los torpedos de nuestros bravos destructores.

Combate este último llamado de Cabo de Palos erróneamente, ya que fué más cerca de Ibiza o de Formentera, y que se libró en

un instante en que el enemigo venía nada menos que a ayudar la ofensiva que, rompiendo por el Este en Aragón, bajase hasta Tortosa, aislando a Cataluña con el Centro y con Levante.

La flota facciosa tenía que cooperar a esa ofensiva, batiendo ella la costa y cuando venía a cumplir su misión, se encontró a media noche frente a frente con la nuestra, perdiendo vergonzosamente la mejor unidad de combate y no sabemos si al «Canarias» le alcanzó algún latigazo, del que tendrá que curarse en una «temporadita».

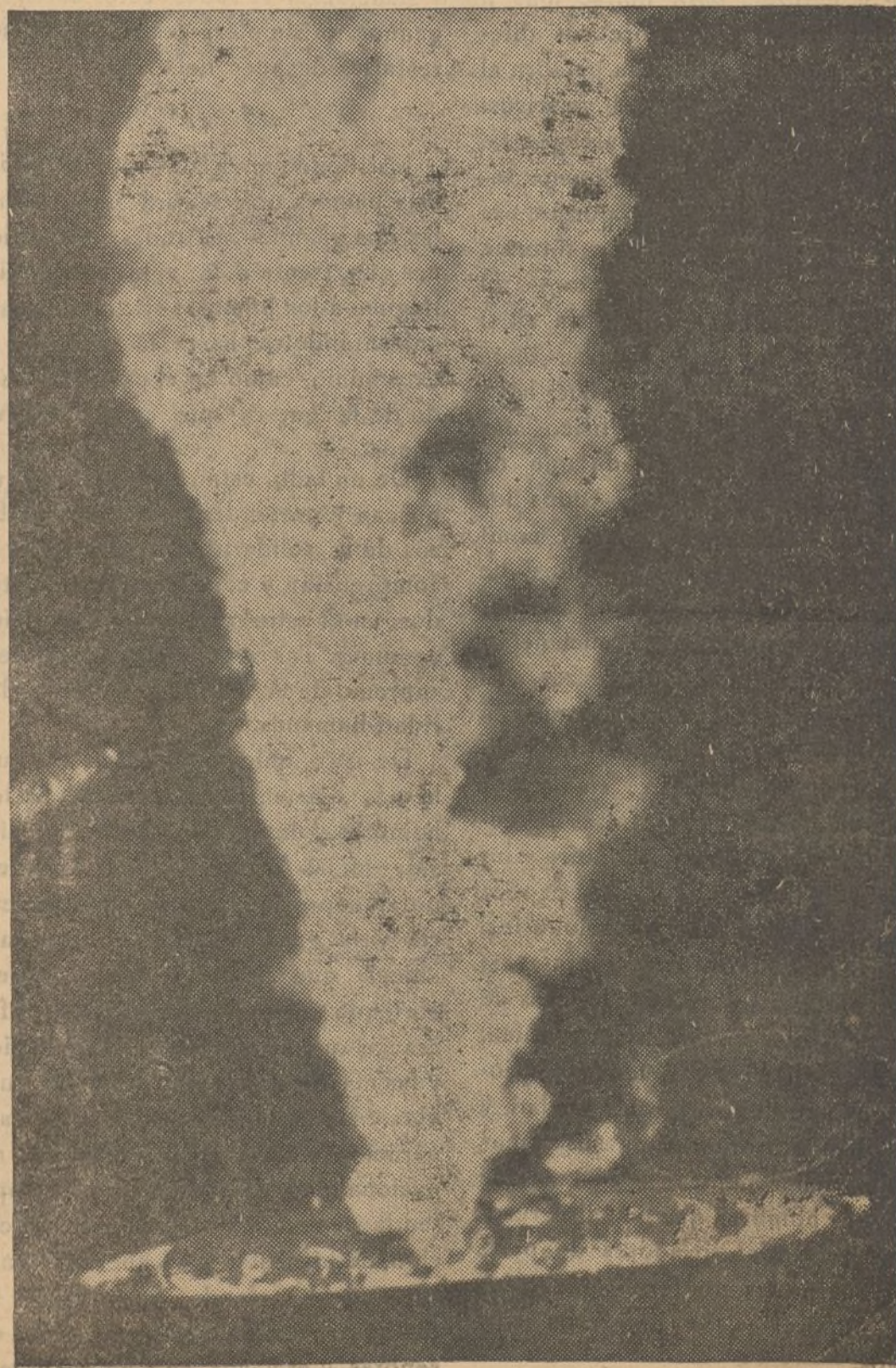
Si en Tierra ganaron terreno, lo perdieron en el Mar, porque además de perder el «Balear», nosotros, por nuestra parte, recuperamos al «Cervantes», gemelo del «Libertad», que refuerza hoy nuestra Flota en una capacidad que lo es de nueva planta y que lo avala, además, una dotación ardiente, llena de entusiasmo, llena de moral, que anhela con el «Libertad», el «Méndez» y los aguiluchos rendir a nuestra República días de gloria y de triunfo.

La Flota se ha remozado reforzando su poder para las nuevas jornadas que habrán de ser afrontadas con el valor y el espíritu que nos trajo hasta ahora, la voz, sencilla y austera de un querido camarada que hoy goza en el silencio la historia de nuestra Flota.

¿No es verdad, compañero Alonso?

José Somoza

Auxiliar de Artillería



No fué solamente el «Balear» el buque faccioso que en la batalla del 6 de marzo, sufrió nuestra metralla. El «Canarias», tocado por la artillería de la Flota leal, huye a toda máquina, abandonando a su suerte a su compinche el «Balear». La foto presenta al «Canarias» visto desde un avión y rodeado de destructores ingleses.

Palabras sobre la palabra, la unión y la chismografía

Recuerdo haber leído en algún autor—(me parece que en Federico Nietzsche — una observación muy exacta y curiosa respecto de la garrulería humana: que no se puede sostener una conversación de dos horas, por muy inteligentes que sean los interlocutores, sin decir algunas tonterías o cometer desaciertos de orden intelectual. Cuando esto puede ocurrir hasta entre mentes proceres, ¿qué no sucederá a los conversadores vulgares o necios, tan abundantes en la sociedad de todos los tiempos y de todos los países?

Antes de que Jung estableciera los dos grandes tipos humanos que el psicoanálisis nos revela, el *introvertido* y el *extravertido*, sabíamos ya que los hombres superiores espiritualmente suelen diferenciarse de los hombres espiritualmente inferiores en la mayor riqueza de vida propia, inferior o íntima que atesoran. El hombre de intensa vida interior, el hombre que sabe «hablar consigo mismo», denota una plenitud, una superioridad espiritual evidente, pues en su vida espiritual puede llegar a *bastarse a sí mismo*; en cambio, el hombre que carece de esta vida interior, necesita compensar su déficit espiritual con la «sociedad» de otros hombres, de donde nace el conversador gárrulo, el que habla sin ton ni son, el sacrilego de lo que Giner llamaba «el Santo Sacramento de la Palabra». De la palabra, que habiendo surgido para unir a los hombres, es lo que más los desune y separa, por culpa—las más de las veces—de esos seres ligeros y vanos que apenas saben esgrimir la convenientemente para los usos más necesarios y elementales, pero que saben, en cambio, vertir a su través toda la mezquindad de sus almas insignificantes y toda la malevolencia de sus instintos antisociales y torpes.

El hombre que tiene acendrado en su corazón ese fecundo «sentido de comunidad» de que nos ha hablado tan profundamente Adler; el hombre rico en vida interior, sabe, por el contrario, hacer uso discreto de la palabra; emplearla para enriquecerse o enriquecer más, espiritualmente, a los hombres, en el comercio diario y necesario de la conversación benevolente y natural; para unirse más a ellos, o unirlos más, sobre sus diferencias. Así, sólo utiliza la palabra al servicio de nobles fines precisos: amor, amistad, alegría, inteligencia, justicia, cultura, diversión, humor sano. Sucede de esta forma, porque ese hombre, dueño de su vida interna, conoce la vida interna y externa de los demás hombres, al «sentirla en sí mismo», cumpliendo el gran lema clásico de *conocerse*. Y aunque haya vivido en el aislamiento físico más absoluto, advierte que cada uno de nosotros contiene en sí a todos los hombres que han compuesto y componen la humanidad, al hombre de todos los tiempos, con sus mismas necesidades, angustias y deficiencias, con sus pequeñeces y grandezas, sus vicios y sus virtudes. Al conocer a todos los hombres, porque todos viven en él, este hombre *siente* por ellos y con ellos vibra; trata de corregirlos y perfeccionarlos, sufre y lucha por la humanidad. Ello explica por qué los grandes revolucionarios, los grandes filósofos y poetas, los grandes reformadores y soñadores de la justicia, han podido ser, también, grandes solitarios, grandes silenciosos, que necesitaban esta soledad y este silencio profundos de sus almas para escuchar mejor la voz latente de todos los hombres que en ellos resonaba; grandes atesoradores de palabras, guardadas con fervor para unir a los hombres en los momentos definitivos.

Insisto en la expresión: *unir*. Por la palabra, sabremos siempre quién es

el verdadero amigo de los hombres, quién es nuestro amigo, y quién el enemigo claro o solapado. Quién es fascista, y quién, antifascista.

Amigo de los hombres, antifascista, será quien busca la *unión* de los hombres (desde los más próximos a los más lejanos), la perfección de la sociedad, por la palabra o por las obras; quien siembre amistad, cordialidad, afecto. Enemigo de la amistad humana, fascista, por lo tanto, será todo el que, contrariamente, labore recelos, odios, antipatías, errores; el que intente *desunir* con la palabra o con los hechos. Aunque él mismo lo ignore, es fascista; aunque él mismo —y muchos, como él, o ciegos—se llamen—o le llamen—antifascista, es fascista.

El fascismo no es sino una enfermedad, una terrible enfermedad política, moral, intelectual, que adolecen los hombres y los pueblos, y ¿quién no puede estar enfermo (de esta enfermedad, como de otra cualquiera), aún ignorándolo? ¿No hemos visto todos nosotros cómo muchos «antifascistas» proceden, en la «forma», como procedían los fascistas que conocíamos? ¿No vemos cómo resurgen modos, costumbres y usos, que eran los comunes entre los fascistas, los gratos a los fascistas, y que ahora encantan y llevan a cabo numerosos «antifascistas»? Pues, sépase bien: quien es fascista en la forma, en las formas y modos, en las costumbres, externamente, lo es, también, en el fondo, en lo interior, aunque él mismo—padeciendo un espejismo moral muy frecuente—llegue a ignorarlo o bien se juzgue el mejor antifascista. Siempre que así nos convenga o lo deseemos, nuestra imaginación nos hará ver las cosas de fuera y las nuestras conforme a nuestros deseos y gustos, y, así, es muy difícil sustraer de la falsa verdad, de la creencia, quizás reiterada todos los días, a la conciencia que sugiere una falsa, pero grata representación. De esta suerte, los hubo muchos que, de la noche a la mañana, o de toda la vida, se creyeron sincera y profundamente antifascistas, sin serlo, o se formaron, para su uso particular, un singular antifascismo a su imagen, conveniencia y semejanza. A todos estos seres ingenuos o simples, ¿es fácil, acaso, restarles después del error?

Insistiendo en el concepto de *unión*, esta palabra nos servirá para definir las dos grandes actitudes o reacciones que, frente a la vida social, distinguen a los hombres y los separan, enfrentándolos hasta la muerte o el exterminio, como en el caso extremo de la guerra que en España vivimos.

De un lado, están los hombres que buscan y pretenden estrechar los lazos de la solidaridad humana, de la comprensión y compenetración de todos, en el esfuerzo y en los sacrificios comunes. Tal es el antifascismo, ideal supremo de la unión y de la solidaridad humanas.

De otro, quienes intentan destruir la más elemental convivencia de los hombres y de los pueblos, de las clases, de las razas y de los intereses, por la opresión, la tiranía, la violencia y la guerra. Tal es el fascismo: «ideal» que separa a los hombres, abriendo entre ellos las grandes diferencias que establecen los privilegios y las clases; señalando, entre los pueblos y las agrupaciones sociales, separaciones de raza, de economía, de nacionalidad, de creencia, de tiempo (en la regresión al pasado), de educación, de bienestar y de libertad. Para este «ideal» nefando, la sociedad se divide irrevocablemente, de nuevo, en señores y esclavos, en elegidos y menesterosos, en poderosos y oprimidos. Para unos quedan, como siempre, todos los privilegios, derechos y place-

res; para otros, el sufrimiento, los deberes, el trabajo y las obligaciones.

El medio del antifascismo es la solidaridad: la justicia, la libertad, el internacionalismo y el derecho; la *unión*, en suma, de los hombres; la amistad, la compenetración, el esfuerzo común y las aportaciones colectivas. El medio del fascismo es la insolidaridad: la injusticia, la opresión, el nacionalismo y la arbitrariedad; la *desunión*, en suma, de los hombres; su enemistad, su divorcio, el sacrificio de unos en las tareas penosas y el goce de otros—de las minorías privilegiadas—en las tareas placenteras. En resumen: lo que tiende a la unión es antifascismo; lo que a la desunión, fascismo.

Volvamos a la palabra. He notado que en nuestra Flota queda, todavía, por desgracia, como funesta reminiscencia del pasado, mucho mal uso de la palabra. Para mí, esto, aparte de responder y significar una dolencia genérica, entraña un problema específico: mientras se den tales habladerías, se demuestra que perviven, entre nosotros, reminiscencias y vicios de índole fascista. Estas habladerías excesivas denotan, también, excesivo tiempo gastado en ellas, ocio excesivo, supina clandestinidad o pereza mental, desinterés abierto por hechos que debieran atraer más gravemente nuestra atención despierta.

El chisme, que puede llegar a ser pintoresco entre las mujeres, es francamente repudiable e incomprensible entre los hombres. ¡Demuestra tan sucinta densidad moral...! De él nacen, además, las peores derivaciones viciosas: la maledicencia, la difamación, el bulo. Donde hay un chismo hay, por lo menos, un bulista en potencia; un hombre que, aun de buena fe suponiendo esta simpleza en chismosos y bulistas, va sembrando el error o el desánimo entre los demás, al recoger cualquier noticia o indicio malévolo o desagradable, porque el bulo no es más que un chisme grande, que trasciende demasiado y que aprovecha el enemigo oculto para desmembrar o dañar nuestros comunes intereses. Si no hubiera chismosos no habría bulistas, ni bulos, por consiguiente (que el bulo nace del bulista, y no al revés, como fuera lógico).

Si no hubiera chismosos no se darían las especies más viles y mezquinas de la mezquindad y la vileza: el soplón, el espía, el difamador, el maldiciente, el delatador, el correveidile. Suprimamos, pues, las habladerías, los chismes y los chismosos, y veremos cómo, por encanto, se ensamblan más y mejor nuestras comunes afinidades, al desaparecer las especies aludidas del fascismo moral que nos enturban, envenenan y separan.

Alejandro Rodríguez Seguí
Comisario Político
del «Miguel de Cervantes»

Egoístas fuera y traidores dentro

(Viene de 4.ª página)

se han sumado declaradamente a la rebelión, o los que, identificados hipócritamente con ella, resultan ostentadamente antifascistas — cobertura excelente para todas las traiciones — en la retaguardia. Son muchos los que, al amparo de un carnet político o sindical, conseguido como Dios o el diablo les dió a entender, se frotan las manos en secreto cada vez que las armas republicanas sufren un quebranto, y se duelen, también en secreto, cuando las circunstancias nos son favorables. ¿Medidas de terror contra esos españoles que no merecen serlo? Nunca hemos creído en ellas. Medidas de energía, sí. Y la primera, la más urgente y eficaz, la que ayudaría al Gobierno de manera más notoria y llamada, sería la de establecer una vigilancia inexorable a cargo de partidos políticos y Sindicatos obreros y ejercida sobre sus propios militantes. La cuestión es vieja, ya lo sabemos. ¡Pero tan actual todavía y, sobre todo, tan necesaria...!

Humanismo fascista

El Alto Mando fascioso ha contestado a las notas que le fueron elevadas por los Gobiernos franceses e inglés sobre bombardeos de ciudades abiertas, indicando que su aviación solo actúa sobre objetivos militares y que las casas destruidas en el casco de la población de Barcelona se consideran como tales por pasar bajo ellas el «metro».

(De los periódicos)

Todos los antifascistas españoles estábamos advertidos desde el comienzo de la guerra y más tarde convencidos por las dolorosas experiencias de Durango, Guernica, Reinosa y tantas otras ciudades, de lo que son capaces quienes siendo incompatibles con la más ligera idea de justicia social y ambicionando regir los destinos de todos a su capricho, alevosamente se alzaron con unas armas conseguidas bajo palabra de honor para defender la patria, pretendiendo sojuzgar a la República con un simple paseo militar. Al encontrarse con el valladar formidable que bajo el nombre de Ejército popular les ofrecía quien estaba en posesión de toda la fuerza moral que implica monopolizar el derecho, no titubearon en abrir de par en par al invasor extranjero las puertas de nuestra patria, pretendiendo borrar de la Historia con su conducta, gestas tan heroicas como las vividas por el pueblo español siempre que de defender su independencia se ha tratado.

Al calificativo de traidores, que sin saña en el juicio cabe aplicarles, por hacer uso de lo que ni moral ni materialmente les pertenecía nunca, hay que añadir el de inhumanos (aunque asesinos es más exacto) por el empleo que deliberadamente hacen de las armas que teniendo una magnífica utilización

en el campo de batalla no cabe en conciencia humana puedan aplicarse, muchas veces con la complicitad de la noche, sobre seres que por su edad tenían derecho a esperar de esta generación todo menos la muerte. Son los niños y las mujeres sus principales víctimas y seguramente el objetivo que persiguen fuera del terreno de combate los gerifaltes del nacionalismo.

Pero ¿qué nacionalismo es el vuestro? ¿Exige producir la muerte violenta de mujeres y niños inocentes, acabar con el emporio de arte legado por nuestros antepasados, así como destruir nuestras riquezas materiales emplazadas lejos del campo de batalla? ¿O es quizá el compromiso adquirido de que nuestro suelo dé holgada cabida, para satisfacer sus ambiciones expansionistas, al exceso de población de los dominadores, que jamás lo serán de nosotros?

De cualquier forma y cualquiera que sea vuestra conducta futura en el orden de cosas que motiva estas líneas jamás conseguiréis mermar y ante vuestra táctica de guerra totalitaria, el Ejército Popular, la Flota Republicana y la Gloriosa Aviación, incapaces de poderos imitar por ser cosa incompatible con sus sentimientos democráticos, proclaman el sagrado juramento de vencer o morir para vengar tanto crimen, así como la población civil, esa auténtica población civil, que en vuestra traición locura consideráis como combatiente por vivir en casas cimentadas sobre el «metro» repetirá, si ello fuese preciso, la célebre frase numantina que adaptó a los momentos sublimes de nuestra lucha:

«España, horror de Roma fementida quiso antes ser quemada que vencida».

Juan García y García
Comisario político del crucero
«Méndez Núñez»

Enseñanzas

El concepto étnico racial tan tornadizo de por sí en el carácter neolatino, tiene como una de las principales fases la volubilidad de sus pensamientos o creencias; la consistencia de nuestros criterios tan variables como meridionales es proverbial y radica principalmente en la sensibilidad voluble e impresionable, por razones especiales de conformación étnica de nuestro carácter, pero no obstante aceptando las teorías natas que nos han adjudicado, puede haber modificación demostrando que la regla confirma la excepción con respecto a la solidez o arraigambre de la fé.

Una creencia superficialmente introducida en el espíritu de cualquier ser procedente de cualquier latitud, en someterlo a algún revés que la vida depare puede esfumarse sus ideas, como las volutas de humo en el espacio, esto nos demuestra con claridad meridiana lo que los antropólogos han calificado de «inestabilidad del conjunto de facultades del espíritu» no es patrimonio nato del individuo.

En cambio diametralmente opuesto, el individuo que sus ideas forman el norte de su vida; que la idea y el ser caminan al unísono, la variabilidad es nula; en las biografías de los genios en que podemos auscultar sus procesos, nos encontraremos en un gran campo

rico en solidez de idea y fé, y con seguridad nos asombraremos de los reveses que sufrieron, y sin embargo con más ahínco se entregaron completamente en cuerpo y alma, para darle fuerza creadora a sus ilusiones.

Este estudio del arraigambre estable de la fé, podemos aleccionarlo a nosotros mismos, si es verdad que nuestros sentimientos forman bloque en nuestro ser; que estamos firmemente compenetrados con nuestras creencias; que estamos dispuestos a darlo absolutamente todo por una causa inmediatamente surgirá el efecto, que incuestionablemente será la confirmación.

Indiscutiblemente que los azares de cualquier factor que persigamos, no debe de hacer mella en nosotros, porque la reacción sufrida ante una adversidad en vez del decaimiento lo que debe es de fortificar inextinguiblemente nuestro ánimo y así podremos dar cima a nuestras caras ilusiones.

J. Vidal Requena



Horror y repugnancia

Mr. Neville Chamberlain, jefe del Gobierno de Inglaterra, contestando al mayor Attlee, líder parlamentario del laborismo, dijo que según las informaciones recibidas por el Foreign Office, los últimos «raids» aéreos sobre Barcelona habían originado 400 muertos y 600 heridos, no fueron hechos sobre objetivos militares determinados y habían causado una impresión de «horror y de repugnancia».

¿Horror y repugnancia? ¿Qué habrán dicho en el cuartel general de Franco al conocer las terribles palabras de Neville Chamberlain?

No se trata de un demagogo. No se trata de un bolchevique. No se trata de un republicano burgués siquiera. Neville Chamberlain es un conservador ciento por ciento. Sus últimas actuaciones políticas ocasionaron graves decepciones a las democracias y fueron ásperamente censuradas por el liberalismo británico. No cree en la Sociedad de Naciones. Es partidario de volver a las viejas tradiciones aliancistas. Opina que desde el momento que Inglaterra no logra vivir segura en su «expléndido aislamiento», ha de entenderse con los pueblos más poderosos y dejar que los débiles se defiendan como puedan. Por eso obligó a Eden a dimitir. Por eso le dió como sustituto a lord Halifax. Por eso entabló negociaciones directas con Berlín y Roma. Por eso pretendió excluir de dichas negociaciones el problema español y procuró que siguiera oficiando el Comité de Londres, de infausta memoria...

Un hombre así no podría ser considerado amigo de la España republicana. No lo es. No lo fué jamás. Nos hizo mucho daño.

Sin embargo, ese político, ese parlamentario, ha calificado de

horrible y repugnante lo que hace Franco utilizando alemanes e italianos, con las ciudades de la retaguardia española.

Repugnante, sí, además de horrible. En lo horrible puede haber grandeza y en lo monstruoso también. En lo repugnante no. Cuando inspira repugnancia, es porque se acompaña de lo vil, de lo sucio, de lo feo, de lo mal oliente, de lo bajo, de lo asqueroso...

¿Qué no le importará a Franco... la tremenda condenación de Neville Chamberlain? ¿Qué no la sentirá en el rostro, como una bofetada? Es posible. «Franco», traidor a su patria, «Franco», vendido al extranjero, cipayo, instrumento de dos potencias invasoras, asesino de mujeres y niños, verdugo de sus compatriotas, arrasador de ciudades, pueblos y aldeas, responsable moral y material de la muerte de medio millón de españoles, es de cartón piedra. La injuria resbala sobre su piel como el agua sobre la piedra.

Sonríe mecánicamente y calla.

* * *

Pero cuando un gobernante de la categoría de Neville Chamberlain dice tales cosas, debe seguir las palabras de los actos.

El mundo civilizado no puede continuar impasible ante crímenes tan atroces como los que se están cometiendo, por la aviación titulada franquista, en las ciudades de la España republicana. Hablar es bueno, pero actuar es mejor. Y la censura que no es seguida de la intervención enérgica no alivia la situación de la víctima y aumenta la insolencia del victimario. Franco se reirá mucho si ve que los bombardeos de Barcelona, que despiertan la universal reprobación, no determinan acciones internacionales. Se encogerá de hombros y ordenará su repetición...

Traición

En ese «complejo de sentimientos» que supone el hombre, una de las acciones más vituperables desde los tiempos primitivos, ha sido: la traición.

Algunas traiciones históricas, han servido para ganar batallas al enemigo, de aquí que Filipo, padre de Alejandro Magno, mantenga como precisa para el triunfo una sola divisa: «Ninguna fortaleza deja de tomarse, pudiendo hacer entrar en ella un macho cargado de oro.» Puesto que suponía que aúreo metal era capaz de comprar las voluntades de algunos, faltos de cualquier condición moral que pueda adornar al individuo. Sin embargo, el mismo General, al apoderarse de Olinto por una traición quejándose los traidores del desprecio que sufren de los espartanos. ¿Qué—les dice—llaman desleales? ¿Y que os importan gentes groseras que llaman a las cosas por su nombre? Es decir, que aquel que hace uso de unos traidores, para conseguir ruines propósitos, págame al traidor con el desprecio, ya que hasta a él mismo le repugna tratar con los que han vendido su honor de ciudadano, por unas miserables prebendas.

La historia moderna está llena de esos seres amorales, dignos del desprecio de cuantos sientan en

sus venas el mínimo atisbo de dignidad. En la actualidad, quedan enteramente definidos como traidores a su patria, que es el sumum de la traición, los siguientes «hombres públicos»: De Varela, Desgrelles, Seiss Inquart, Coronel La Rocque, Doriot y Franco.

De todos ellos podríamos hacer el mismo psicoanálisis, puesto que sus ambiciones son las mismas, iguales sus voluntades y de parecidos instintos de perversidad, al par que de inmoralidad. El prototipo de traidor, lo encontramos, sin discusión, en el que aún se llama Generalísimo Franco.

Franco (ese «pobre hombre» que es el *Caudillo*) no tiene ni formación política, ni capacidad de dirección, ni siquiera condiciones de gran militar, pero mucho menos de la «pose» necesaria y condiciones oratorias indispensables para llamar la atención, o por lo menos bacerse escuchar de un pueblo.

Sin embargo, para poder conseguir encumbrarse, ha necesitado vender a su patria y lo que es aún peor, dividirla mediante una sed odios, que ha hecho del pueblo español, un incalculable fratricidio y de España un eterno Cementerio.

¡Bien está representada la zona rebelde! Franco representa a todo

Sección Técnica

Meteorología

Introducción al estudio dinámico del clima

Estudio del clima por el análisis de las masas de aire

1.º *Trabajo preliminar.* — El reparto desigual del calor entre los polos y el ecuador constituye la causa primordial de la circulación del aire. Esta circulación se dificulta por la lucha de predominio que tiene lugar entre las masas polares y ecuatoriales, que tienden a formar centros de acción en los límites de las masas, que vienen por un lado de los polos y por el otro del ecuador, lucha que se manifiesta por las perturbaciones observadas durante el paso de los ciclones, y aun más, en la desigualdad de calor y en la diferencia de influencia que existe entre la tierra y el mar, entre los llanos y las montañas, que crean otros sistemas secundarios de circulación.

Este transporte de las masas de aire de un lugar a otro nos permite determinar ciertos signos o propiedades características de cada masa, ofreciéndonos asimismo el medio de clasificarlas en algunas categorías principales, según su lugar de origen, la ruta que siguen, las alternativas y las transformaciones que sufren durante su trayecto.

Estas propiedades de las masas de aire, de categorías diferentes, y sus alternativas, debi lo a la circulación de la atmósfera, determinan las formas varias de los climas.

De aquí que las bases para un estudio práctico del clima, por medio de la climatología dinámica, sea la distinción de las masas de aire en categorías de cualidades diferentes, determinando sus frecuencias y las propiedades de cada categoría.

Para proceder a estos análisis hace falta tener las observaciones de las temperaturas de las capas superiores atmosféricas, ya que los elementos de estas capas facilitan la determinación de las masas. Pero estas observaciones aún no se pueden efectuar en Grecia; por

un Mundo podrido, a una casta militarista, a una aristocracia plebeya, a una Grandeza depravada, a un Clero despótico enriquecido en su *pobrena*, a una burocracia parásita, pero sobre todo, a una pléyade de traidores que lo deificaron a sabiendas, porque sabían su incapacidad como gobernante y que esto, simple y llanamente era tanto como «volver a los tiempos de antes» así ha salido el

A tal extremo llega su inconsciencia (que no le atenúa su traición), que el torbellino de maldades y crueldad que les rodea, no se entera de los bombardeos y demás «hazañas» de los representantes de la Kultur en España, hasta que no firma el parte al día siguiente, pero entonces se regocija del éxito obtenido y según el número de víctimas, adula más o menos con sendos telegramas dirigidos al verdadero E. M. que reside en Roma o Berlín. Es decir, Franco no es más que una marioneta grandemente trágica para el pueblo español, movida por los siniestros hilos del fascismo extranjero y del «importado» en España.

N. F. C.

lo tanto, estamos obligados a utilizar solamente las observaciones de superficie y no podemos llegar más que a un análisis parcial de las masas, es decir, a una distinción entre las masas calientes, frías, mixtas, indiferentes, etc.

Lo mismo que para el análisis parcial es necesario encontrar una estación donde la alteración de los signos característicos de las masas (por sus radiaciones, vientos verticales, etc.), sea la menor posible y que se encuentre en un lugar donde se puedan fácilmente controlar las propiedades de las masas de aire.

Nosotros hemos escogido la isla de Lemnos (longitud 25° 04', latitud 39° 53') por las dos razones siguientes: primera, porque se encuentra hacia el centro de la parte septentrional del mar Egeo y, por consecuencia, de una parte recibe las masas de aire del Norte directa y rápidamente, además de haber atravesado un pequeño espacio de mar, y de otra parte las masas que vienen del Sur encuentran un camino libre hacia ella; segunda, la dimensión de esta isla es relativamente pequeña, no encontrándose altas montañas, por consiguiente, la modificación de las masas por irradiación, vientos verticales, etcétera, es también lo más pequeña posible.

2.º *Distinción de las masas de aire en categorías.* — Nosotros hemos sometido a un análisis las masas que pasan por la isla de Lemnos durante los años 1927-1934 y a la vista de las cartas diarias del tempero hemos estudiado cada día sus propiedades. Contando los días que presentaban los mismos signos característicos, hemos hecho unas tablas de frecuencia por mes y estación.

TABLA I

Número de días de cada categoría de masas durante el invierno de los años 1927 al 1934 en las islas de Lemnos, distinguiendo las categorías H, M, HM, A y X

MES	H	M	HM	A	X
Diciembre	107	55	11	30	14
Enero	128	43	14	26	6
Febrero	114	43	10	26	5
Invierno	349	141	35	82	25
Frecuencia %	58	23	6	13	

La tabla I nos da el número de días de cada categoría de masas de aire durante el invierno. En la categoría H hemos clasificado las masas de aire que han llegado al mar Egeo, viniendo del Norte, donde el movimiento es debido a la existencia de presiones elevadas sobre los Balcanes y más bajas al Sur. No hemos admitido subdivisiones en esta categoría, no porque fuese difícil hacerlas sino imposible, al no poder unir cada masa con su origen; de una parte porque no disponemos de observaciones atmosféricas superiores y de otra porque estas masas, antes de llegar a nuestro país, sufren, por la mayoría de las incidencias, varias alteraciones de sus signos característicos primitivos.

En la categoría M hemos comprendido las masas mediterráneas, trasladándose hacia el Norte o hacia el Nordeste.

La categoría HM la hemos formado reuniendo las masas que habrían podido formar parte de la categoría H, pero que se distinguen por haber sufrido una fuerte influencia del medio, o porque se transportan lentamente, o porque pertenezcan a un sistema anticiclónico, que ha sido desplazado hacia el Sur y ha perdido en gran parte sus propiedades características.

En la categoría A hemos clasificado las masas procedentes de una mezcla de masas de diferentes categorías, y también de las masas que han pasado, tanto sobre la tierra como sobre el mar, presentando las propiedades de las masas indiferentes. En una palabra, hemos comprendido las masas HM, que habían terminado por convertirse en indiferentes.

La última categoría X comprende los días durante los cuales se han observado las masas de más de una categoría, y más generalmente los días que nosotros hemos tomado en consideración.

3.º *Determinación de las propiedades de cada categoría de masas.* — Para el estudio práctico del clima por el análisis de las masas procedemos a la determinación de las propiedades de cada masa.

TABLA II
Temperatura media de las masas de aire de la categoría H durante el invierno (desde el año 1927 al 1934) en la isla de Lemnos

AÑOS	Diciembre	Enero	Febrero
1927-1928	6°6	6°9	1°1
1928-1929	6°8	2°5	-0°1
1929-1930	8°6	6°4	5°1
1930-1931	8°2	7°5	5°2
1931-1932	4°2	4°9	3°1
1932-1933	8°4	4°7	6°0
1933-1934	4°2	5°7	3°9
1927-1934	7°8	6°1	4°6

La tabla II da las medias mensuales de la temperatura de las masas de aire de la categoría H durante los inviernos de los años 1927 al 1934.

Para estudiar dinámicamente el clima es necesario separar los períodos regulares de aquellos años 1927-1934; hemos dejado aparte los períodos no regulares a fin de que las medias obtenidas se aproximen lo más posible a las propiedades regulares de las masas de la categoría H. Por lo tanto, calculando las medias mensuales totales, no hemos tenido en cuenta las medias mensuales de la temperatura 4°2 del mes de diciembre de 1931, 2°5 de enero de 1929, 1°1 y 0°1 del mes de febrero de los años 1928 y 1929 respectivamente. Se puede admitir que el mes de febrero de los años 1928 y 1929 representan los períodos más fríos, mientras que los meses de diciembre de los años 1931 y 1933 pueden ser considerados como los períodos no regulares.

Para llegar a un análisis más completo de clima hace falta llevar más lejos el examen de las propiedades de las masas y estudiar propiedades de cada período de cada masa (por el examen de cada período del estado atmosférico).

Así, también podemos ver los períodos regulares en el mes de diciembre de 1927 (media 1°1) y de diciembre de 1903 (media 1°3), apartado probable de los períodos más fríos del mes de diciembre.

(Continuará)



No basta predicar si los hechos no responden a las palabras; he ahí el mal

Carta abierta a miss Wilkinson

Gran amiga del pueblo español

Destino: En Inglaterra o a donde su espíritu inquieto y generoso la hayan llevado.

Amiga mía y de mi pueblo: Evoco hoy, sin saber concretamente el por qué, su recuerdo, su figura y algunas de sus palabras difíciles de olvidar. Su nombre rasga un poco la oscuridad de esta noche sin fin de la guerra que asola a mi patria.

Recuerdo, con riqueza de detalles y de tonalidades, aquel cruzar de carreteras norteñas unos días antes de consumarse la tragedia del Norte. Ibamos, usted y yo, recorriendo los pueblos, las villas y las ciudades de la Montaña. Usted, sin saciarse nunca de saber, indagando y preguntando siempre con habilidad y penetración tan suya, sabiendo y conociendo de todo porque nosotros no teníamos nada que ocultarla y la mostrábamos sin reservas las vidas claras y transparentes de nuestras fábricas y de nuestros campos.

Iba yo a su lado contemplándola con curiosidad. Recogía sus tenues y apenas esbozadas exclamaciones que surgían al dominar un paisaje inenarrable, o al pasar ante la portalada medio derruida de una casa solariega, o ante los lejanos puntitos blanquinosos del ganado vacuno que pastaba apacible en la hondonada del valle o ante los restos mutilados de algo que fué hogar y que ahora, al pasar nosotros, era cementerio de afectos e ilusiones ingenuas.

¿Recuerda usted, miss Wilkinson, aquella casita destrozada, a la que llegamos nosotros una hora después de la explosión de una bomba, y en la cual, ante el montón de escombros había un hombre con vestir de obrero, que lloraba torpemente, como el que no sabe hacerlo, la pérdida de su compañera, de su hijita y de su hacienda, aquella hacienda que estaba compuesta por la casita y las dos vacucas, que estaban allí, reventadas y con los ojos inmensamente abiertos?

Si yo le hubiese relatado la escena, usted habría dibujado en su rostro de mujer fría e inteligente, un gesto de posible duda. Pero no. Su curiosidad la llevó a manchar de sangre su zapato de deportista. ¡Sangre española en los pies de una inglesa! ¡Cómo recuerdo, miss Wilkinson, aquel gesto indecifrable que hizo usted cuando yo le indiqué la mancha de sangre inocente que tenía su impecable zapato! ¡Cómo lo recuerdo! Y, desde entonces, me persigue el recuerdo de esta sangre adherida, ya de por siempre, a su vida, a su sensibilidad y a sus impresiones de viajera generosa y atrevida.

Recuerdo bien. Al retornar al coche, llevaba usted una flor que no sé yo de dónde cogió. Y con aquella flor, fea y vulgar, la vi acariciar varias veces la mancha, ya negruzca y empolvada, de su zapato, y la oí, o la creí oír, esta

exclamación, que fué su único comentario: ¡Oh mister Eden!

Y seguimos, carretera adelante, hasta Santander. Al día siguiente, usted regresaba a su país. Yo me quedaba en aquellas tierras atormentadas por la incompreensión de unos países y por la barbarie de otros. ¡Cuántas casucas, mis Wilkinson, se derrumbaron después de su marcha! ¡Cuánta sangre se coaguló sobre la tierra eternamente sedienta!

Y pensaba, he pensado siempre, en la mancha de su zapato. ¡Sangre española en los pies de una inglesa! Y aunque esa inglesa sea usted, tan gran amiga nuestra, sentía, al pensarlo, algo incontestable que se sublevaba dentro de mí: España, apreciada miss, sangra generosamente y sangra también por Britania. No lo olvide usted, querida amiga y dígaselo a su pueblo, a ese pueblo frío y calculista de mister Eden ayer, de Chamberlain

hoy y de sus conveniencias siempre. ¡España sangra! Usted no lo ha olvidado, estoy seguro. Sólo la pido que del armario donde guarda el zapato con la mancha imborrable de aquella pobre sangre injustamente vertida, no haga usted colección de cosas curiosas de sus viajes. Ese zapato, con su mancha reseca, no debe ser nunca medida de la curiosidad inglesa. Nuestra guerra es demasiado rica en sangre, en lágrimas y en ideales para que el pueblo inglés sienta por nosotros una curiosidad de turistas. No, mi buena amiga, no. Ni voces de lástima ni miradas curiosas. Es todo un pueblo el que lucha, y que lucha, permítame usted la inmodestia, como quizá no fuese capaz de luchar el suyo.

Perdóneme mis últimas palabras. Un poco duras y amargas. Pero... hemos vertido mucha sangre y el triunfo nos interesa a todos.

Reciba de su acompañante de ayer y hoy comisario de un buque de la Flota Republicana, la expresión de sus mejores afectos.

P. TOUCET

Egoístas fuera y traidores dentro

Diariamente nos transmite el ministro de Defensa Nacional noticia escueta de los bombardeos que la aviación extranjera, puesta al servicio de los militares facciosos, realiza sobre nuestros poblados indefensos. El alma, cada vez que uno de esos informes nos araña el oído, se nos enciende en cólera. Sabemos muy bien—¡ay, demasiado bien!—lo que es la guerra, y no estamos dispuestos a asombrarnos ni asustarnos de nada. Pero la guerra, que también, al parecer, tiene sus leyes, ¿es realmente eso que los facciosos y sus servidores extranjeros están haciendo en España? La respuesta nos viene de fuera. Nos la

dan hecha las protestas indignadas con que se acogen las agresiones rebeldes sobre las poblaciones civiles. Jamás—se confiesa—ha registrado la barbarie un grado tan alto. Y es verdad. Inútilmente acudimos al recuerdo de la guerra europea, cuyos horrores quedan pálidos si se comparan con los de la guerra española. No; la guerra no es todavía eso, juzgada bajo el punto de vista moral. Lo será, sin embargo, y muy pronto, si quienes hablan de humanizarla no hacen nada por infundirle humanidad. De ahí que recibamos con perfecto escepticismo todos los mensajes de condolencia que nos llegan del extranjero. Preferiríamos una solidaridad menos sentimental, pero más efectiva. Es de

Mr. Chamberlain

Mister Chamberlain fomenta a diario el asombro de cuantos siguen con cierta atención el desarrollo de su obra ministerial. Al dar cuenta en los Comunes de la respuesta que el embajador alemán dió a lord Halifax con motivo de los acontecimientos de Austria, no ha ocultado el tono ni las palabras del representante de Hitler. Von Neurath vino a decirle que a Inglaterra nada le importa lo que ocurra en Austria; que eso incumbe estrictamente a los alemanes. La respuesta no tiene nada de diplomática y, además, no deja en muy buen lugar al imperio inglés, que ha de soportar, al parecer, con paciencia los desplantes de los dictadores. Chamberlain, que es un «realista», no se ha sentido, sin embargo, ofendido. Se ha contentado con declarar que revisará el programa de rearme y procederá en consecuencia. Es una respuesta que bastaría para descalificar a un gobernante, ya que en ella se admite la posibilidad de que Inglaterra carezca de medios para oponerse a los atropellos de una nación cualquiera.

El derecho de la Gran Bretaña a ocuparse del caso de Austria es tan evidente como el de Francia. Son estas dos naciones, con Italia, las encargadas, según los Tratados, de «velar por la independencia austriaca mientras no se manifieste en contra la voluntad del país expresada libremente». Que las minorías «nazis» de Austria, de acuerdo con Hitler, hayan decidido traicionar a su patria, no quiere decir que el pueblo haya aceptado la anexión. Francia, Inglaterra e Italia estaban, pues, en la obligación de reivindicar la libertad de Austria, y si Mussolini, como es costumbre, infringió el acuerdo, la acción franco-inglesa debió suplir esa deslealtad oponiéndose a la invasión alemana.

Del discurso de Chamberlain y de los comentarios de una gran parte de la prensa de París y Londres se desprende que toda la política de las dos democracias tiende ahora a evitar el golpe sobre Checoslovaquia. Esto es sumamente grave, porque implícitamente reconocen la solidez del hecho consumado. Poco importa que en el terreno de la diplomacia pongan reparos si en la práctica, Alemania ha de quedarse con Austria, como Mussolini se quedó con Abisinia. Será una nueva carta que ha jugado Hitler para lograr nuevas anexiones. Es la misma táctica de Mussolini, que cotiza ante Inglaterra la ocupación de Etiopía para pedir el control del Canal de Suez. Los dictadores no se amilanaron por los desaires de las cancillerías.

En el caso de Checoslovaquia es claro que el führer no renuncia a sus planes de expansión—allí también tiene «nazis» que le ayuden—; pero es ingenuo suponer que va a realizar su propósito inmediatamente, sin esperar y consolidar su situación en Austria. Hitler no se deja llevar ciegamente de sus impulsos, aunque padezca el frenesí de todos los fanáticos. Más bien parece que el alerta a Checoslovaquia es una maniobra fascista para apartar la atención del problema, que en este preciso instante interesa con premura al eje Roma-Berlín: el de la invasión a España. El fascismo, que practica en política la táctica del maniqueo, tiende a interesarse a las democracias en la cuestión checoslovaca para desviarlas de la guerra española. Lograda Austria con la complicidad de Mussolini, al fascismo le interesa, en primer lugar, España. Por eso ha hecho un formidable esfuerzo de hombres y material y los lanza contra el Aragón republicano. De buena fe, o por simpatía instintiva, Chamberlain complace a Roma y Berlín, no aludiendo para nada en su discurso de los Comunes a la lucha española. ¿Por qué, si está planteada con caracteres apremiantes y afecta a las comunicaciones imperiales y al equilibrio del Mediterráneo?

Conviene que la democracia inglesa, lo mismo que la francesa, no se deje sorprender por esos manejos.

El toro no embiste ahora contra los checos, sino contra los españoles; hay que tener cuidado, pues, con el trapo rojo. Lo ha dicho un diputado francés: «La libertad de Checoslovaquia se discute hoy en España.» Es verdad. Porque aquí el fascismo no ha vencido, y si fracasa definitivamente en la Península no se atreverá a intentar nuevas aventuras en la Europa Central. Inglaterra y Francia están a tiempo de medir el alcance de esta verdad.

cir: de hechos y no de palabras. Con que en Nueva York, en Londres o en París se nos dedique una corona funeral para los muertos, sin que a la vez se haga nada positivo para evitar que otros muertos sigan cayendo bajo la barbarie fascista, adelantamos muy poco. No nos interesa que España sea un cementerio florido e ilustre por sus epitafios. ¡Lo que nos importa, y en ello estamos bravamente empeñados, es que España no sea un

cementerio de tumbas anónimas con un mausoleo glorioso erigido en memoria de la Democracia. Con los pesames—sólo con los pesames—no hacemos nada, como no sea—trabajo para el cual nos sobra toda ayuda—enterrar a nuestros muertos.

Pero si apreciamos con cierto desdén los mensajes de condolencia que nos llegan del extranjero, ¿cómo habremos de juzgar el regocijo—no tan disimulado que pase inadvertido de algunos españoles que celebran en secreto los reveses de las armas republicanas y se congratulan de las matanzas que la aviación extranjera realiza? Ponemos ahora a contribución nuestra propia sensibilidad de españoles. Y, ateniéndonos a ella, no concebimos que haya nadie, cualquiera que sea su posición política ante la guerra, capaz de suscribir, sin vergüenza angustiosa, las brutales ofensivas de la aviación rebelde contra las poblaciones civiles. Sin embargo, los hay. Los hay que se alegran con la muerte de mujeres y niños indefensos y celebran a escondidas, acaso porque su temperamento de esclavos lo reclama, la profanación de nuestro suelo. Si en nuestra mano estuviera publicaríamos en el lugar más destacado de nuestro semanario las frases encendidas con que algunos españoles—que lo son porque nacieron, para nuestro bochorno, en España, no por otro motivo—cantan nuestra presunta esclavitud. Para ellos es tema de orgullo lo que para el mundo es tema de oprobio. Pues bien: de esos españoles necesitamos, a todo trance, librar a España. Y no sabemos cuáles de ellos son más peligrosos: si los que se encuentran en el campo faccioso y

(Sigue en 2.ª página)



El presente dibujo recoge el instante glorioso e inolvidable del torpedeamiento del «Baleares». La fina percepción del Auxiliar alumno naval del «Sánchez Barcáiztegui», camarada Godínez, nos ofrece la retención de aquella jornada, incorporada a la historia de la guerra con todos los honores.